



#Selfie

JUAN FERNANDO
RAMÍREZ ARANGO

ILUSTRACIÓN
FORJA STUDIOS

*Para Jaraso:
Que este tríptico sirva de Missing,
y esta octogenaria revista de milk carton.*

Big Brother

No sé si fueron once mujeres en trece días, o trece en once, pero una de ellas era estudiante de psicología experimental. Ella dijo que yo tenía la conciencia tan conmovida, que sería un juego de niños inducirme a la hipnosis. Estábamos en una habitación temática y, para ridiculizar ese proceso, yo le propuse que me hipnotizara en el columpio del amor. Ella percibió mi tono de suficiencia e hizo todo lo posible para que mi propia saliva me salpicara: ¿cargas algún objeto que te vincule con tu novia? Era lo único que no le había devuelto personalmente, y que, después de percatarme de que no lo había hecho, tampoco cupo por las rendijas de su *locker*: un llavero en forma de pirámide nutricional vegana, con los seis grupos de alimentos sustituyendo cualquier tipo de sangre, sudor y llanto animal. Busqué mi pantalón, lo había tirado en cualquier parte. No lo había doblado al estilo japonés, una buena medida de mi desajuste mental a la sazón. La psicóloga experimental me hipnotizó con aquel llavero, y mi respuesta a la palabra clave fue monocorde. Cada que ella hizo alusión a mi novia, mi subconsciente replicó el mismo acrónimo: Jaraso. Cuando desperté, una erección extra estaba allí, algo sorprendente para un turno de seis horas. La aprovechamos y, ya que el tiempo apremiaba y a ella la mataba la curiosidad, tuvimos que pagar por la hora siete. ¿Viste

que el monto de una hora adicional es mayor que el de una persona adicional, y que el límite de horas adicionales es menor que el de personas adicionales? Increíblemente, a la psicóloga experimental no le importaron las implicaciones eugenésicas de esa tabla de precios, ella solo quería saber qué era Jaraso. Yo le dije que se lo diría, si y solo si ella me contaba una anécdota que se dejara llevar al papel. Aunque la anécdota siempre se ha resistido a la horma del negro sobre blanco, y lo supuse así desde ese mismo momento, es tan escalofriante, que tuve que ceder: Jaraso es el hermano mayor de mi novia. Antes de conocerlo, ella lo definía a él por lo bajito, como una especie de televidente zen, aquel que se jacta de nunca haber visto el capítulo final de ninguna serie. Por eso su presunta mayor hazaña había sido ganar una apuesta y prolongar el premio indefinidamente. El premio, una moto destartalada, con la que pronto tomó vuelo en la cadena de valor. Siguiendo tutoriales de YouTube, la convirtió en mototaxi, el mototaxi en un viaje al próspero Panamá del nuevo milenio, y así y así hasta volver a Colombia y abrir un minimercado en la autopista Medellín-Bogotá. Lo que había omitido mi novia era que Jaraso había sido su mentor. Yo supuse que lo había hecho para desasociar una idea: mi hermano mayor fue mi guía cultural, porque yo fui un accidente. Cuando mi novia vino al mundo, su papá contaba sesenta y siete abriles. Imagínate una hija que crece sin tener nada en común con su progenitor: primeras luces frente a enfermedad, euforia versus declive. Gracias a la enfermedad terminal de mi suegro, precisamente, nos conocimos Jaraso y yo. Ocurrió en una sala de espera de la León XIII. Mi novia y yo cuidábamos a mi suegro en la tarde, y Jaraso nos relevaba. Él llegaba una hora antes para encontrar el parqueadero libre, y yo no ingresaba a la habitación de mi suegro porque su infección ya estaba muy avanzada y solo nos facilitaban un traje aislante. Yo lo había visto en fotos recientes, pero ninguna me había preparado para su colosal papada, elíptica como la bolsa gular de un pelícano nadando en la abundancia, fruto, según mi novia, de su adicción infantil a la leche en polvo. Pese a ser vegano, esa salvajada láctea no impidió que Jaraso y yo coincidiéramos en alguna cabeza de alfiler. Yo escribía distopías ciberpunk, y él estaba adelantando un manual de aperturas, una suerte de utopía ajedrecística. Ambos, por lo tanto, éramos seguidores de aquella legendaria web que listaba las profecías cumplidas de la ciencia ficción. Como yo sabía muy poco acerca del ajedrez, y no exterioricé mis habilidades en teoría de juegos, Jaraso se interesó por mis distopías. Interés que puso en peligro una de mis reglas de oro: si las utopías son públicas, las distopías son privadas, nunca compartir ni publicar ninguna. Entonces apelé al sentido que más he desarrollado, el de la evasión. Inventé que estaba en medio de una que había surgido vía sinestesia, escuchando un *playlist* en modo aleatorio. Contrasté dos canciones que sonaron consecutivamente y, del cotejo fortuito, surgió la pregunta fundacional: ¿Cómo sería un mundo cuya máxima estrella del rock no fuera el fotofóbico irlandés, sino su coetáneo al otro lado del Canal de San Jorge, el del corazón británico y pálpitos celtas? Más allá de mi lamentable improvisación, conviene reseñar que, promediando este 2015, otro *rockstar*, Noel Gallagher, resolvió esa pregunta de rebote, de forma alegórica, al declarar que el primero

Antes de conocerlo, ella lo definía a él por lo bajito, como una especie de televidente zen, aquel que se jacta de nunca haber visto el capítulo final de ninguna serie.

de esos dos colegas es más tolerante al alcohol que el segundo. Dos o tres días después, Jaraso me sorprendió con un par de hojas tamaño carta. Había estado desarrollando en sus noches de vigilia mi ocurrencia distópica. Lo imagino en esas, vestido con el traje aislante, al lado de su padre moribundo, un exprofesor de español y literatura y exjardinero ornamental, cuasi despellejado por un CPD. Situación de referentes posapocalípticos que, sin duda, potenció las elucubraciones de Jaraso. En la primera hoja, dibujó un árbol de causalidades con sus bucles, y en la segunda, una rama problemática. Dado que la piedra angular de ese mundo hipotético reposaba sobre una falla geológica, sangre irlandesa maldita desplazando a su par globalizada, por obvias razones y por diferencias ajedrecísticas insalvables, a Jaraso le inquietaba sobremanera el influjo de Samuel Beckett en ese estadio.

Paréntesis: era tal la obsesión de Beckett por el ajedrez, *Murphy* y *Final de partida* son ejemplos de esa atracción envolvente, que hay quienes piensan que, en la filosofía y la estrategia del juego ciencia, se encuentra el prisma capaz de desenmarañar la misteriosa obra del irlandés afrancesado. En esa misma línea, hay otros que iluminan aún más la cornucopia, asumiendo que, para Beckett, el teatro era como el ajedrez. Y si se recuerda el control absoluto que, a través de las didascalias, ejercía Samuel sobre la representación de sus tragedias, entonces su concepción del ajedrez estaría muy próxima a la totalitaria de Karpov. Jaraso, en cambio, alienado por la brillantez de su ídolo Bobby Fischer, creía ciegamente en una de sus máximas, la más citada, construida a partir de un códex ajedrecístico del siglo XIV, en el que el tablero hacía las veces de la ciudad de Babilonia, esto es, “el ajedrez es la vida”. Pero no el ajedrez tradicional, sino el aleatorio que ideó Bobby en 1996. Allí, las piezas principales se ubican al azar, siguiendo 960 combinaciones posibles, diluyendo de un plumazo toda la tinta gastada en los libros de aperturas. Por eso, entre un sinfín de apelativos, que van desde caballero errante hasta divino anarquista, el peor desacato que le han hecho a Bobby Fischer, ha sido llamarlo El mayor poeta entre poetas.

En lugar de una cadena de oración en pro de la salud de mi suegro, hice una de orden filológico. Publiqué la inquietud de Jaraso en el muro del grupo más numeroso de filología inglesa que hay en *F_c_book*. Uno de los filólogos fundadores de la página, educado entre Salamanca y Dublín, en dos internados de Los Legionarios de Cristo, me dio la mejor respuesta: “Nothing would happen. Regardless of the scenario, the work of Samuel Beckett would still be written in prenatal language”. Se la comuniqué a Jaraso en persona, y, por alguna asociación de ideas que sigo buscando en la obra de aquella pluma anterior al huevo, esa preocupación menos le trajo a la mente dos más: que había dejado a cargo de su tienda a un primo bipolar, y que le faltaba por lo menos un año para alcanzar el punto de equilibrio financiero sobre la inversión. Hasta

esa altura no definitiva, le referí la historia de Jaraso a la psicóloga experimental. Ella la interrumpió con un pellizco. Me pellizcó porque, en la orgía que transmitía el televisor, había entrado en escena una pelirroja natural. ¿Una psicóloga experimental supersticiosa? ¡Bah!

La kunderiana

Ella tiene cierto aire de mi estrella porno favorita: Skin Diamond. Así, grosso modo, la describí en uno de mis cuentos premiados. Ella lo leyó en la antología del concurso, yo mismo se la regalé, supongo que buscó a Skin Diamond en Google y, desde aquel entonces, no me dirige la palabra. Si dijera que ella estudiaba lingüística y literatura, ese mutismo causaría sorpresa, pero el ¡oh! de asombro se disiparía inmediatamente si agregara que, para ella, Milan Kundera es Dios. Y uno de los mandamientos de Kundera, sito en *Los testamentos traicionados*, dice: “La literatura en clave, que habla de personas reales con la intención de que se les reconozca bajo nombres ficticios, es falsa, estéticamente equívoca, moralmente sucia”. Como ven, el fundamentalismo de La kunderiana me malinterpretó de

Ella, como buena kunderiana, previó el fracaso absoluto de estas líneas. No me importó su sarcasmo, yo ya estaba abismado en otra idea, explorando la única coincidencia significativa que presencié en esos once o trece días.

medio a medio. Ella fue la número trece en once días o la número once en trece, la última en ese *break* autodestructivo posterior a la confesión de infidelidad de mi novia. Fue la última por una combinación de factores, porque era mi media naranja en la carrera, hacíamos todos los trabajos juntos, y las letras y el placer no se deben mezclar, y porque ella le tenía miedo insuperable a los moteles. Su estrategia para evitarlos era propia de una cenicienta tardía, alargar los tragos de cerveza hasta la una de la madrugada para romper el hechizo. Y cualquier idiota sexualmente activo sabe de sobra que, los fines de semana, es imposible conseguir un cuarto de motel después de esa hora límite. Sin embargo, ella no contaba con la única ventaja real que me ha deparado mi anterior carrera universitaria, la economía. Un compañero que no olvida quién le ayudó a ganar las materias del núcleo básico, y que administra un puñado de moteles alrededor de las Torres de Bomboná. Mientras nos dirigíamos hacia la zona de los moteles, dejando atrás el parque del Periodista, La kunderiana lanzó

un último intento desesperado. Que ella sabía el santo y seña que abre las puertas de La Casa de Asterión, un bar borgiano en la 54 con la 42, pasadas las dos de la madrugada. Yo, como hijo espurio de Gombrowicz, repliqué que no podía negar a uno de mis padres literarios, y que, acatando el único consejo que El polaco burlón escupió en vida, había asesinado a Borges de la forma más impune, sin leerlo. El resto de recorrido lo hizo trasuntada en sus nervios de punta, parlotando como si fuera un guía de museo y la carrera 43, Girardot, el pabellón del arte abstracto. No me sorprendió que conociera los vericuetos del centro mejor que cualquiera de su edad, un par de años atrás se había graduado del CEFA y ese

colegio queda en la periferia del centro. Además, no era la primera, el CEFA hace parte de mi lista de maldiciones: cuatro de cada diez mujeres con las que he copulado, son graduadas de ese bastión del activismo estudiantil de la Universidad de Antioquia, son las líderes, compartiendo la cabeza de carrera con las de La Presentación. Es como si uno de mis testículos fuera progresista y el otro godo. Esa antítesis hormonal deber ser lo que me está matando por dentro. Al día siguiente, después de almorzar, le enseñé a La kunderiana el mayor descubrimiento bibliográfico de mi vida, una referencia que solo le había mostrado a mi novia: un libro de bolsillo de Raymond Chandler que huele a vagina, o sea a Heineken a veintitrés grados centígrados, la temperatura ambiente de Medellín. Ella acercó la nariz y, no bien percibió la intimidad de la fragancia, le dije: como mi borrador. Finalizando el segundo semestre, antes de las vacaciones decembrinas, mi borrador de nata fue a parar a su estuche de los colores. Me lo devolvió en enero, y sí, olía a vagina, la de ella, lo había confirmado la noche anterior. En lugar de una sonrisa maliciosa, ella replicó mi símil con un sarcasmo: cuando seas famoso, esta sala de la biblioteca de Comfama será un sitio de peregrinación para tus lectores, hasta acá vendrán a oler este libro. Ella, como buena kunderiana, previó el fracaso absoluto de estas líneas. No me importó su sarcasmo, yo ya estaba abismado en otra idea, explorando la única coincidencia significativa que presencié en esos once o trece días. Antes de llegar a la “Che” de Chandler, cruzamos por la “Be” de Samuel Beckett. Ver la fila de libros de Samuel, le recordó a La kunderiana que yo soy un antisocial, que, antes de desaparecer para siempre de las redes sociales, solo publiqué una vez en *F_c_book*. Ella dijo que, ese día, dibujó un mamarracho en su diario, una especie de *doodle* con mis iniciales, JFRA, en donde la “Efe”, transfigurada en mosca, *fly*, quedaba atrapada por una telaraña, *web*, formada por sus tres pares de toda la vida. Y agregó que, a pesar de ese dibujo en honor a mi despertar virtual, no tenía claro el contenido de mi publicación, solo que involucraba a Samuel Beckett respecto a un mundo patas arriba. Yo me sorprendí porque no tenía en mis cuentas ni siquiera un “Me gusta” de su parte. Pero así son las kunderianas, ellas se rigen por lo que Durkheim denominó solidaridad mecánica, o sea que solamente cooperan cuando su libido choca contra una barrera social muy específica, la del hombre mayor cuyo referente universal es Marlon Brando en la película de Bertolucci. Cuando se miran en un espejo de cuerpo entero, por lo tanto, las kunderianas ven a María Schneider en su mejor versión. Yo le dije que ese *post*, mi primero y único, devino de una duda ajena, suscitada por una de mis distopías. Como La kunderiana estaba advertida de mi regla de oro concierne a esas realidades indeseables, quiso saber quién putas era el personaje de la duda privilegiada. Yo solo atiné a decirle, refiriéndome a Jaraso, que era un *freak*, fanático de Bobby Fischer, cuyo proyecto de vida era un manual de aperturas, una especie de utopía ajedrecística. Intenté entrar en detalles, pero, acaso azuzada por otra de mis reglas de oro, gastar menos saliva que mi interlocutor, La kunderiana me interrumpió para soltar un hipervínculo, una asociación mental que da la medida de lo kunderiano que es su cerebro: en un libro de Fernando Arrabal, hay un texto corto, de una o dos páginas, titulado “Milan Kundera y Bobby Fischer”. Entonces retrocedimos hasta la “A” de Arrabal, pero fue un retroceso en vano, *Éxitos y fracasos sobre el tablero* no estaba en el estante.

El miembro fantasma

¿Cuál fue la coincidencia significativa? ¿Dos mujeres que, tras haber copulado conmigo, me interrumpieron cuando les hablaba de Jaraso? ¿O acaso habrá sido de índole subconsciente, como un mensaje subliminal, Jaraso guiando esos once o trece días de autodestrucción? Sea lo que fuere, el hermano mayor de mi novia era el denominador común de ambos misterios. Desde la muerte de su progenitor, y hasta que volví a tener sexo con su hermanita, sexo de reconciliación, el más estimulante en un noviazgo añejo, no supe nada de él. Poco después de esos once o trece días, a mi mamá le diagnosticaron cáncer de tiroides, y mis dos manos no fueron suficientes para secundar su tratamiento en casa. La terapia con yodo radioactivo apenas la estaba sanando a cuentagotas. En palabras del radiólogo, doblegar el cáncer de tiroides es como recorrer la función logaritmo natural a pie. Pero a mí esa cuesta tan empinada me estaba matando de agotamiento a buen paso. Entonces no se me ocurrió otra cosa que pedirle ayuda a mi novia. No hablábamos desde que desembuchó su larga infidelidad. Que había perdido siete kilos, desempolvado la pipa de Mary Jane, y que la dermatitis de su brazo derecho estaba desbordada, incontenible para cualquier ungüento a base de cortisona. Lloró cuando le di la noticia de mi mamá, y, entre lágrimas, prometió que iba a estar a primera hora en mi casa, y que pasaría la noche en vela, leyendo todo lo referente a tratamientos con I-131. Y así fue. Incluso redujo todo el protocolo de radioterapias de la FDA a su mnemotecnia de siempre, codificada con canciones de Fito Páez. Mi novia se encargó de mi mamá inmediatamente, y yo me fui a dormir, catorce o quince horas seguidas en brazos de Morfeo. Esos días casi no nos dirigimos la palabra. Ella es la única persona que me hace transgredir aquello de gastar menos saliva que mi interlocutor, como si todo fuera tiempo muerto, o una película de Jim Jarmusch producida por generación espontánea. Debe ser porque su vocación es su profesión, y los microbiólogos son los únicos seres vivos que respiran su propio aliento. Cuando no están usando tapabocas, sienten que lo llevan entre oreja y oreja, como si padecieran el síndrome del miembro fantasma. Ver a la microbióloga en su entorno, en la casa de mi mamá convertida en instituto de cancerología, gesticulando viejos protocolos de laboratorio, tarareando el de la FDA, me cegó de nuevo. Yo creo que hicimos el amor más veces que John Lennon y Yoko Ono en sus dos encamadas por la paz. Así me sentí, como una estrella de rock con su *groupie* elegida fundando una nación de dos, revalidando aquella distopía improvisada que tanto inquietó a Jaraso. Solo faltaba una señal, un momento de confirmación, la bandera en la luna. Y llegó. Ese día ella irrespetó por completo los protocolos de bioseguridad, llevaba sandalias y un vestido *indie* reproduciendo motivos de Keith Haring, un *collage* de sus trilladas estampadas humanoides. El tiempo se comprimió y, de súbito, mi novia cambió la partitura, empezó a tararear “Giros”, una canción de Fito Páez que no hace parte de su mnemotecnia, y la única que yo me trago del narigón del sur. A partir de esa fecha, tararear “Giros” significa no tengo calzones. Yo le arranqué el tapabocas y, por primera vez desde nuestro reencuentro, mi novia no contuvo sus gemidos, consciente de que la habitación de mi mamá estaba revestida por una cortina plomada. No aguanté más y oh sorpresa, eyaculé con sangre. Mi novia, por supuesto, lloró, y tuve que prometerle que iría al urólogo. El urólogo

de turno descartó cualquier infección, y dijo que, cuando esa causa se suprime, la eyaculación con sangre desemboca en una de las intercepciones más enigmáticas de la medicina, enfermedad idiopática y autolimitada. Y agregó que, en el 99.9% de los casos, solo se presenta una vez en la vida, como si fuera polvo cósmico, polvo de estrellas. Pero antes de conocer ese diagnóstico benigno, con mi semen sanguinolento como tema de conversación, tal vez porque lo que más perturba a mi novia es el miedo a quedar huérfana, a la falta de amparo, me reveló el motivo por el cual ya no consideraba a Jaraso su mentor. Era un secreto que, en su familia, solo sabía ella, y que Jaraso disimuló muy bien en las exequias de su progenitor, disfrazando su inasistencia con cinco ramos gigantes, que revivían viejos diseños de mi suegro. Simplemente, Jaraso llevaba por lo menos un lustro como miembro de Los testigos de Jehová. Secta que, entre otras cosas, y aquí puso especial énfasis mi novia, prohíbe las transfusiones de sangre. Yo me tomé una larga pausa de abogado del diablo para digerir esa confesión, y concluí mentalmente una especie de tríptico: 1) Que la decisión de mi novia, negar a su mentor, tenía justificación lógica, si y solo si Jaraso y ella fueran donantes compatibles, y ambos pertenecieran al paradójico tipo de sangre O-, que es donante universal, pero, como el uróboros, solo puede ser receptor de sí mismo. Así, Jaraso y mi novia pertenecerían, más o menos, a un exclusivo 4% de la población mundial. 2) Que, a esas alturas de nuestra relación, yo desconociera el tipo de sangre de mi novia, o, lo que es lo mismo, la foto de su cédula, tal vez justificaba su larga infidelidad. 3) De 1) y 2), tenía que conocer la cédula de mi novia. Como en aquel entonces, aún la guarda en la billetera, y la billetera en la mochila, al fondo, en el compartimento para el portátil. El momento ideal para hurgar en su mochila, en pro de la billetera, sería mientras se duchaba. No me aventuré hasta el domingo, de lunes a sábado mi novia ciñe sus duchazos a un reloj de arena miniatura, de tres minutos, cortesía de AliExpress, con el que ha establecido una relación algebraica: cuando sale del baño, falta tanta arena por caer como la que acumula semanalmente en sus orejas. Los domingos, en cambio, son los días de rasurada y de champú. No bien abrió la ducha, yo me dirigí hacia su mochila. Ni siquiera me frenó un paralelismo fatal, otra historia que ocurrió dentro de una mochila, la semilla que convertiría a una escolar problemática en La kunderiana, la resumo en un titular amarillo: libro de Kundera robado absorbe vaso de yogur de fresa. Saqué la billetera de mi novia, negra, oblonga, con una inscripción invisible, que brilla en la oscuridad: *#Selfie*. La abrí, y recorrí de a poco la tarjetera transparente. Fue peor que retroceder en el tiempo, que leer una hoja de vida de atrás para adelante, desde la experiencia hasta la ingenuidad, una paradoja más clavada en el corazón del mito del progreso: el carnet de la maestría, la foto de la primera electroforesis como microbióloga, el carnet de egresada, el negativo de la primera electroforesis de su vida, el carnet de pregrado, la cédula, y el carnet de bachiller de La Presentación. ■

Juan Fernando Ramírez Arango (Colombia)

Economista arrepentido de la Universidad Nacional, y desertor del décimo semestre de Letras: Filología Hispánica, Universidad de Antioquia. Escritor. Ganador del XXIV Concurso Nacional de Cuento de la Universidad Externado de Colombia. Finalista del Premio Nacional de Cuento La Cueva. El anterior relato hace parte de *Mi alma gemela*, libro inédito.